

Parte de la familia de Dios

"¡Miren qué gran amor nos ha prodigado el Padre, que seamos llamados hijos de Dios! ¡Y en realidad, somos hijos de Dios! Por eso el mundo no nos conoce, porque no lo conoce a él" (1 Juan 3:1).

Ser parte de una familia llena de amor y cuidados verdaderamente es una experiencia agradable. Un hogar donde el padre, la madre y los hijos se honran y se respetan mutuamente y donde cada miembro de la familia acepta y desempeña responsabilidades individuales, es una bendición para todos. Lamentablemente, esas familias son minoría en la actualidad. Debido al egoísmo y otras actitudes inspiradas por el diablo, muchas familias se llevan como enemigos. En algunos casos, los padres están ausentes del círculo familiar por abandono, encarcelamiento, adicción o responsabilidades laborales. Es en este escenario que Dios nos ofrece a cada uno la esperanza de algo mejor, mucho mejor. "El hogar hermosado por el amor, la simpatía y la ternura es un lugar que los ángeles visitan con agrado, y donde se glorifica a Dios. La influencia de un hogar cristiano cuidadosamente custodiado en los años de la infancia y la juventud es la salvaguardia más segura contra las corrupciones del mundo. En la atmósfera de un hogar tal, los niños aprenderán a amar a sus padres terrenales y a su Padre celestial".¹ "Los hijos de Dios son aquellos que participan de su naturaleza. No es la posición mundanal, ni el nacimiento, ni la nacionalidad, ni los privilegios religiosos lo que prueba que somos miembros de la familia de Dios; es el amor, un amor que abarca a toda la humanidad".²

Cómo ser parte de la familia de Dios

Debido a su gran amor, Dios llama hijos a quienes creen en él y aceptan su don misericordioso de una vida mejor ahora y la promesa de la vida eterna. Sabemos que Dios existe y que está profundamente preocupado por nosotros por varias razones.

Sin embargo, veo la mano de Dios en mi vida de muchas maneras. Las cuatro formas que más me ayudan son estas:

1. *Oraciones contestadas.* Dios ha respondido literalmente cientos de mis oraciones, desde cosas pequeñas, como encontrar algo que he perdido, hasta devolverle la salud a un amigo o a un ser querido.

2. *Profecías cumplidas.* Sabemos que Dios nos ama y que tiene el control de las cosas en la Tierra; el apogeo y la decadencia de las naciones, según su descripción de la historia de este mundo, nos da esperanza y aliento.

3. *Conducción providencial de Dios.* Veo cómo Dios me guio en forma providencial en el colegio secundario y en la universidad, en la forma en que conocí a mi esposa y por el lugar donde me llamó a trabajar por su causa.

4. *Promesas cumplidas.* En la Biblia, literalmente hay cientos de promesas de Dios para sus hijos. Podemos reclamarlas todas y disfrutarlas. Josué, el ayudante de Moisés que guio a los hijos de Israel en el cruce del río Jordán y a la Tierra Prometida, pronunció estas palabras alentadoras justo antes de morir: "Yo estoy por entrar por el camino de toda la tierra; reconozcan con todo el corazón y con toda el alma que no faltó ni una palabra de las buenas promesas que el Señor su Dios había dicho. Todas se han cumplido, sin faltar ni una de ellas" (Jos. 23:14).

Al comienzo de su ministerio, Jesús dio su sermón más largo del que haya registro (Mat. 5-7). En él, enfatizó la importancia de la oración y comenzó presentando tres problemáticas: No oren para impresionar a nadie ni para que los demás los vean; no pronuncien sus oraciones personales en público; no digan lo mismo vez tras vez, sino oren así:

"Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu nombre" (Mat. 6:9).

Jesús oraba con frecuencia. Varios meses después, cuando se había separado de sus discípulos por un tiempo, ellos regresaron para unirse a él y lo encontraron orando. Cuando terminó de orar, le preguntaron: "Señor, enséñanos a orar" (Luc. 11:1). En privado, Jesús repitió a sus discípulos la misma oración que había dado a la gran multitud en la ladera del monte. Jesús les dijo que a su Padre lo llamaran "Padre nuestro que estás en los cielos" (vers. 2). Esta idea es increíble, que solo podemos entenderla y aceptarla por fe. ¡El Soberano del universo nos pide que lo llamemos Padre!

Cómo llegamos a ser parte de la familia de Dios

Formar parte de la familia de Dios es una cuestión de fe, guiada por el Espíritu Santo. Pablo llama *adopción* a este proceso. Jesús lo llama *nacer de nuevo*. Pablo explica el proceso de esta manera: "Todos los que se dejan guiar por el Espíritu de Dios, estos son hijos de Dios. Porque ustedes no recibieron el espíritu de esclavitud para volver al temor; sino que recibieron el espíritu de hijos adoptivos, por el

cual clamamos: '¡Abba, Padre!' El mismo Espíritu testifica a nuestro espíritu que somos hijos de Dios. Y si hijos, también herederos; herederos de Dios y coherederos con Cristo; si es que padecemos junto con él, para que junto con él seamos glorificados" (Rom. 8:14-17).

El Evangelio de Juan, que ha inspirado a miles de lectores a aceptar a Cristo como su Salvador personal, contiene una historia sobre Nicodemo y su secreta entrevista nocturna con Jesús. Nicodemo era un hombre talentoso y sumamente educado, que ocupaba un puesto de responsabilidad en la nación judía. Elena de White describe el significado del encuentro de esta manera: "En la entrevista con Nicodemo Jesús reveló el plan de salvación y su misión en el mundo. En ninguno de sus discursos siguientes explicó tan plenamente, paso a paso, la obra que debe hacerse en el corazón de cuantos quieran heredar el Reino de los cielos. En el mismo principio de su ministerio presentó la verdad a un miembro del Sanedrín, a la mente mejor dispuesta a recibirla, a un hombre designado para ser maestro del pueblo".³

Jesús dijo claramente al estimado rabino: "Te aseguro, el que no nace de nuevo no puede ver el reino de Dios [...]. Te aseguro: El que no nace de agua y del Espíritu no puede entrar en el reino de Dios" (Juan 3:3, 5). En ambos versículos, el Reino de Dios está en juego, por lo que es imperativo que entendamos lo que significa "nacer de agua y del Espíritu". Reconocemos que nacer de agua es nuestro bautismo público por inmersión, como testimonio de que hemos reconocido nuestra condición pecaminosa y hemos aceptado a Jesús como nuestro Salvador mediante el arrepentimiento y la confesión.

Nacer del Espíritu es algo que pedimos a Dios. Jesús dijo a sus seguidores: "Y si ustedes, siendo malos, saben dar buenas dádivas a sus hijos, ¿cuánto más su Padre celestial dará el Espíritu Santo a quien se lo pida?" (Luc. 11:13). Jesús le explicó, además, a Nicodemo que la obra del Espíritu en la experiencia de nacer de nuevo se asemeja mucho a la acción del viento. No podemos ver el viento, pero podemos ver sus efectos. Elena de White describe el efecto visible de invitar al Espíritu Santo a nuestra vida.

"Aunque el viento mismo es invisible, produce efectos que se ven y se sienten. Así también la obra del Espíritu en el alma se revelará en todo acto de quien ha sentido su poder salvador. Cuando el Espíritu de Dios se posesiona del corazón, transforma la vida. Los pensamientos pecaminosos son puestos a un lado, las malas acciones son abandonadas; el amor, la humildad y la paz reemplazan a la ira, la envidia y las contiendas. El gozo reemplaza a la tristeza, y el rostro refleja la luz del cielo. Nadie ve la mano que alza la carga, ni contempla la luz que desciende de los atrios celestiales. La bendición viene cuando por fe el alma se entrega a Dios. Entonces ese poder que ningún ojo humano puede ver crea un nuevo ser a imagen de Dios".⁴

Responsabilidades y privilegios de los hijos de Dios

Cuando nacemos de nuevo y somos adoptados en la familia de Dios, se nos confieren privilegios y responsabilidades que aceptamos y practicamos mientras el Señor está lejos. La primera y principal tarea es lo que llamamos la Gran Comisión. En una reunión privada con sus discípulos, Jesús les aseguró el éxito. "Y este evangelio del reino será predicado en todo el mundo, por testimonio a todas las naciones, y entonces vendrá el fin" (Mat. 24:14). Poco después, expuso claramente la descripción de su trabajo. "Entonces Jesús se acercó a ellos y les dijo: 'Toda autoridad me ha sido dada en el cielo y en la tierra. Por tanto, vayan a todas las naciones, hagan discípulos bautizándolos en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, y enséñenles a obedecer todo lo que les he mandado. Y yo estoy con ustedes todos los días, hasta el fin del mundo'" (Mat. 28:18-20).

Jesús nos dio dos parábolas detalladas que ilustran los privilegios y las responsabilidades de sus hijos en la administración de sus asuntos mientras esperamos su regreso. La primera se registra en Mateo 25:14 al 30. En esta historia, la parábola de los talentos, un propietario de mercaderías planifica hacer un viaje a un país lejano. Llama a sus siervos (o empleados) y les confía a cada uno una parte de sus bienes, según su capacidad, para que administren mientras él esté fuera. Entonces, "después de mucho tiempo vino el señor de esos siervos y arregló cuentas con ellos" (vers. 19). Este es un momento de rendición de cuentas, una auditoría de la gestión de sus bienes. En esta parábola, se alaba a los siervos fieles y se los recompensa con entrar en "el gozo de tu señor", lo que representa la vida eterna. Al siervo infiel se lo llama "malo y negligente" (vers. 26), y por lo tanto recibe la recompensa de los impíos, que es la muerte eterna. Para los creyentes modernos, "mucho tiempo" es el período entre el primer y el segundo advenimiento de Jesús.

La segunda parábola, que es similar, no es tan conocida, pero plantea varias cuestiones importantes. Se registra en Lucas 19:11 al 27. En esta historia, la palabra "*talentos*" se reemplaza por un término monetario: "minas" (una *mina* equivalía aproximadamente a cien días de salario). Dijo: "Un hombre noble se fue a un país lejano a recibir un reino y volver. Y llamando a diez siervos suyos les dio diez minas, y les dijo: 'Negocien hasta que yo vuelva' Sin embargo fue nombrado rey, y cuando volvió a su país mandó llamar a los siervos, a quienes había dado el dinero, para saber lo que había negociado cada uno" (Luc. 19:12,13,15).

En el relato de Lucas, al igual que en el relato de Mateo 25, solo los siervos del señor recibieron grandes sumas de dinero. Al final del tiempo establecido, solo se informan los resultados de tres siervos. Los dos primeros trabajaron diligentemente y obtuvieron una buena ganancia para el noble, y fueron recompensados debidamente. El tercero reconoció que la mina no era suya (vers. 20), pero no había hecho nada para invertirla para su señor. Se lo llama "mal siervo" (vers. 22). A los ojos del Cielo, quienes no logran nada con los talentos

que se les confían son "malos siervos" y tienen asegurada la recompensa de los malvados, que es la privación de la vida eterna. Administrar para el Maestro es un asunto realmente importante.

Reconocer el dominio de Dios

Elena de White señala que el paso inicial para asociarse con Dios es reconocer su dominio. "El cimiento de la integridad comercial y del verdadero éxito es el reconocimiento del derecho de propiedad de Dios. El Creador de todas las cosas es el propietario original, nosotros somos sus mayordomos. Todo lo que tenemos es depósito suyo, para que lo usemos de acuerdo con sus indicaciones".⁴

Como cristianos, tenemos la maravillosa seguridad de que el Dios al que servimos gobierna arriba en los cielos y abajo en la Tierra. Servimos al Creador y Sustentador. Su poder se describe en el Salmo 33, versículos 6 y 9: "Por la palabra del Señor fueron hechos los cielos, y todo su ejército por el aliento de su boca. [...] Porque él dijo, y fue hecho; él mandó, y existió".

Por el testimonio de la Escritura, entendemos que Cristo mismo fue el agente activo en la Creación. "En el principio existía el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios. [...] Todas las cosas fueron hechas por él. Nada de cuanto existe fue hecho sin él. [...] Y el Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros, lleno de gracia y de verdad. Y vimos su gloria, gloria que, como Hijo único, recibió del Padre" (Juan 1:1,3,14).

Creador equivale a Propietario

En las dos parábolas que hemos mencionado en este capítulo (la parábola de las minas [Luc. 19] y la de los talentos [Mat. 25]), explícitamente se aclara que los siervos a quienes se les asignaron responsabilidades sabían que estaban tratando con los bienes del señor, y no con su propio dinero. Además, muchas referencias bíblicas subrayan este hecho. Por ejemplo, Salmo 24:1 dice: "Del Señor es la tierra y su plenitud, el mundo y los que habitan en él". Y Salmo 50:12 agrega: "Si yo tuviese hambre, no te lo diría a ti, porque mío es el mundo y su plenitud".

Muchas de las parábolas de Jesús tocan el tema del dinero y las posesiones materiales o nuestra actitud hacia ellos. Hay más de dos mil referencias bíblicas que tratan este tema. La Biblia contiene menos de quinientas referencias a la fe y menos de cuatrocientas menciones a la oración. Obviamente, Dios considera que para sus hijos es importante tener conocimiento sobre el dinero, para que lo administren para él en los negocios de su Reino.

Jesús contrasta el poder contrapuesto entre el dinero y Dios al decir: "*Ninguno puede servir a dos señores, porque o aborrecerá a uno y amará al otro, o será leal a uno y menospreciará al otro. Ustedes no pueden servir a Dios y a las riquezas*" (Mat. 6:24; énfasis añadido). Hay pocos lugares en la Escritura donde Dios hace una comparación tan directa. Sin embargo, la competencia es real. El dinero compite por nuestros intereses, tiempo y energía; nos distrae fácilmente de las prioridades más importantes.

Al hablar de los talentos que Dios dio a sus siervos, Elena de White informó:

"Se me mostró que la parábola de los talentos no ha sido plenamente comprendida. Esta importante lección fue dada a los discípulos para beneficio de los creyentes que viviesen en los postreros días. Y estos talentos no representan solamente la capacidad de predicar e instruir acerca de la Palabra de Dios. La parábola se aplica a los recursos temporales que Dios ha confiado a su pueblo. Aquellos a quienes se había entregado cinco y dos talentos, negociaron y duplicaron lo que se les confió. Dios requiere de aquellos que tienen posesiones en esta Tierra, que de su dinero obtengan interés para él, que lo dediquen a la causa, para diseminar la verdad".⁵

Dado que el consejo inspirado deja en claro que nosotros, como hijos de Dios, somos colaboradores del Señor, este libro compartirá en detalle los principios bíblicos del dinero y la administración de la vida. Dios ha mostrado cómo podemos compartir el gozo de servirlo.

La Palabra de Dios nos informa de las tentaciones y las seducciones de Satanás. "Los que quieren enriquecerse caen en tentación y lazo, y en muchas codicias necias y perniciosas, las cuales hundén a los hombres en ruina y perdición. El amor al dinero es la raíz de todos los males; y algunos, por esa codicia, se desviaron de la fe y fueron traspasados de muchos dolores" (1 Tim. 6:9, 10). Elena de White agrega: "El amor al dinero y el deseo de riquezas son la cadena dorada que los tiene sujetos a Satanás".⁶

"Cristo dio su vida para que todos los desleales y desobedientes pudieran comprender la verdad de la promesa dada en el primer capítulo de Juan: 'Mas a todos los que le recibieron, a los que creen en su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios' (Juan 1:12). Cuéntenlo una y otra vez. Podemos llegar a ser hijos de Dios, miembros de la familia real, hijos del Rey celestial. Todos los que acepten a Jesucristo y mantengan firme hasta el fin el principio de su confianza, serán herederos de Dios y coherederos con Cristo 'para una herencia que nunca puede perecer, ni contaminarse ni marchitarse' "⁷

"Los que decidan no hacer, en ningún ramo, algo que desagrade a Dios, sabrán, luego de presentarle su caso, exactamente qué conducta seguir. Y recibirán no solamente sabiduría sino fuerza. Se les impartirá poder para obedecer, para servir, según lo prometió

Cristo".⁸

15

¹ White, *El hogar cristiano* (Florida, Buenos Aires: ACES, 2013), p. 14.

² White, *El discurso maestro de Jesucristo* (Florida, Buenos Aires: ACES, 2010), p. 71.

³ White, *El Deseado de todas las gentes* (Florida, Buenos Aires: ACES, 2008), p. 148.

Ibíd., p. 144.

⁴ White, *La educación* (Florida, Buenos Aires: ACES, 2009), p. 137.

⁵ White, *Testimonios para la iglesia* (Miami, FL: APIA), 1.1, pp. 181,182.

⁶ White, *El camino a Cristo* (Florida, Buenos Aires: ACES, 2014), p. 39.

⁷ White, *A fin de conocerle* (Nampa, ID: PPPA 2008), p. 71; *Ibíd.* (1964). *That I May Know Him* (Washington, D.C.: Reviewand Herald Publishing Association), p. 70.

⁸ White, *El Deseado de todas las gentes* (Florida, Buenos Aires: ACES, 2008), p. 622.